

## PALABRAS CONCLUSIVAS DEL PROF. JOSEP-IGNASI SARANYANA

Emmo. Sr. Cardenal

Ilmo. Sr. Decano

Estimados colegas, señoras y señores.

Agradezco mucho la oportunidad que me ha ofrecido el Ilmo. Sr. Decano de pronunciar estas palabras en la clausura de nuestro XXIV Simposio Internacional, para presentar a ustedes al Cardenal Óscar Andrés Rodríguez Maradiaga y glosar brevemente las conclusiones del Simposio.

Comenzaremos por algunas conclusiones de nuestro Simposio.

Como todos ustedes recordarán, el primer día estuvo dedicado a una temática más específicamente histórica; el segundo día, a unos temas más especulativos, aunque también con una fuerte impronta histórica; y el tercer día, al ecumenismo de la santidad.

Los ponentes y los comunicantes que nos han honrado con su presencia pertenecen a distintos centros universitarios y han venido de Honduras, Holanda, Inglaterra, Alemania, Francia, Italia, España, México, Portugal, Colombia y Chile. La participación mayoritaria ha sido española, como era de esperar; pero las aportaciones de otras latitudes han constituido, en muchas ocasiones, auténticos revulsivos, que han agitado el mundo histórico-teológico hispánico y, especialmente, el pamplonés. A todos quiero dar las gracias por sus contribuciones, su trabajo y sus aportaciones, y por el interés que han manifestado por los asuntos discutidos.

Ni puedo ni debo pasar por alto la contribución del coro del Colegio Eclesiástico Internacional Bidasoa, que ayer ha realizado la solemne concelebración eucarística, presidida por el Sr. Cardenal, que ha tenido lugar en el espléndido marco barroco de la iglesia de las Reverendas MM. Agustinas Recoletas.

Es difícil recapitular las conclusiones de nuestro Simposio. No debe olvidarse sólo que pretendíamos una toma de contacto con una temática todavía poco estudiada, o, para ser más precisos, todavía poco sistematizada. Es obvio que el tema de la santidad constituye la principal cuestión de la antropología religiosa, porque, si partimos del principio de que Dios quiere que todos los hombres se salven, porque sólo hay un decreto de predestinación, si uno se salva, ha triunfado; si se condena, ha fracasado. La misión de la Iglesia consiste, precisamente, en predicar la santidad y fomentarla por los medios de que la dotó Cristo.

Ahora bien: con razón se ha dicho en este Simposio que la santidad es de algún modo inefable, y que sólo unos pocos, muy pocos, reciben la confirmación oficial e infalible de que, después de morir, gozan ya de la bienaventuranza eterna. Éstos son los santos canonizados. Sin embargo, sabemos que en el cielo hay muchas moradas y que la parúsia no tendrá lugar hasta que esté completo el número de los elegidos. Por consiguiente, muchos son y serán los santos, que restarán en el anonimato para los viadores, mientras dure la historia. Por lo mismo, es lógico suponer que las vías por las que se ha desarrollado y se desarrollará esa *santidad no confirmada oficialmente* son y serán múltiples y muy variadas.

En nuestro Simposio se trataba de descubrir las vías de la vida espiritual, es decir, las que conducen a la santidad, que han predominado en un mundo que ha sufrido en los últimos doscientos años radicales transformaciones. Aunque no hemos llegado a un acuerdo sobre un hipotético hilo conductor, que nos pueda conducir a una sistematización satisfactoria del asunto, hemos descubierto algunas pistas, que pueden llevarnos a un buen puerto, aunque estemos todavía demasiado cerca de los acontecimientos, y la vida se haya complicado tanto desde el derrumbamiento del Antiguo Régimen.

Alguien ha comentado, durante las sesiones, que los modelos de santidad propuestos por las canonizaciones todavía no reproducen el enorme avance teológico del Vaticano II, porque los cuestionarios que rigen las causas de los santos obedecen a esquemas preconciarios. También se ha afirmado que la transformación sufrida por los procesos de proclamación de la santidad, desde Gregorio IX hasta nuestros días, pasando por Benedicto XIV y, sobre todo, por Juan Pablo II, han sido sólo procesales o no de fondo. Que una santidad de la vida corriente, más propia de los laicos que de los grandes héroes de la santidad, no tiene baremos establecidos para su medición, supuesta siempre la inefabilidad de la acción divina en las almas. También se ha insistido en que la historia no puede dejar de la mano a la teología, ni viceversa, cuando se analiza la vida espiritual; una historia no teológica de la vida espiri-

tual se circunscribiría a pura sociología de la santidad o, en el mejor de los casos, a nuda fenomenología de la vida ascética y mística.

Todo ello es verdad. Y, aunque el diálogo no haya llegado a conclusiones claras y evidentes, como pretendía Descartes y toda la modernidad tras él, el panorama está más despejado, porque, al menos, conocemos mejor muchos de los problemas metodológicos y epistemológicos. En este sentido, pienso que el Simposio ha resultado realmente fecundo, al menos en mi opinión.

Renuevo, por ello, el agradecimiento a todos los participantes y a todos cuantos han hecho posible que el Simposio llegara a buen puerto. En primer lugar, al Decano de la Facultad, Prof. Francisco Varo. Y pido ahora el aplauso de ustedes para mis colegas del Comité organizador, que han trabajado mucho más que yo (profesores José Luis Illanes, Santiago Casas, Juan Antonio Gil-Tamayo y Eduardo Flandes); para la secretaría de la Facultad de Teología, que ha estado de continuo al pie del cañón; y para la oficina de prensa y comunicación de la Facultad.

\* \* \*

Paso ahora a presentar, si es todavía necesario, después de una convivencia de dos días con nosotros, al ponente de esta clausura, Cardenal Óscar Andrés Rodríguez Maradiaga. Cumpló con un deber protocolario y lo hago con muchísimo gusto.

Nacido hace sesenta años, el Cardenal Rodríguez Maradiaga, salesiano, es el primer purpurado hondureño. Fue ordenado sacerdote en 1970, nombrado obispo auxiliar de Tegucigalpa en 1978 y promovido a la sede metropolitana hondureña en 1993. Juan Pablo II lo creó cardenal en el consistorio del 21 de febrero de 2001.

Es Licenciado en Filosofía por el Instituto Don Rúa de El Salvador, y en Teología Moral por el Ateneo Pontificio Alfonsiano de Roma. También es Diplomado en Psicología Clínica y Psicoterapia en Innsbruck. Además, es Maestro en Física, Matemáticas y Ciencias Naturales.

Hace un año fue nombrado doctor *honoris causa* en Ciencias de la Educación por la Universidad Pontificia Salesiana de Roma y, hace pocos días, ha obtenido el premio internacional «Cardenal Raúl Silva Henríquez», que le ha sido entregado en la Pontificia Universidad Católica de Chile.

El Cardenal es un apasionado de la música. Terminó sus estudios de armonía y composición en Guatemala y Estados Unidos. Sus instrumentos preferidos son el piano, el órgano, el saxofón y el acordeón. Le gustan todos los géneros musicales. Naturalmente, la música clásica, pero también el jazz y la *bossa nova*. En su juventud sacó el título

aeronáutico. Habla, además del español, italiano, francés, alemán, portugués e inglés. Muy buen conocedor de las lenguas clásicas, lee sin dificultad latín y griego.

Durante veinte años ha desempeñado su labor en el Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM), que presidió desde 1995 hasta 1999. En la Curia Romana es miembro de la Congregación para el Clero, de dos Consejos Pontificios (Justicia y Paz, y Comunicación Social), y de la Pontificia Comisión para América Latina. Asimismo es miembro del Secretariado del Sínodo de América.

Esta tarde va a dedicar su conferencia de clausura al tema «La espiritualidad cristiana ante el nuevo milenio». Por su trato continuo y filial con el Santo Padre Juan Pablo II, conoce muy bien las líneas de fuerza de la Carta apostólica *Novo millennio ineunte* que constituye, como todos ustedes saben, el gran programa pastoral que Juan Pablo II ha regalado a la Iglesia después del año jubilar 2000. Nuestro Simposio, a la luz de esta Carta apostólica, y de la Constitución Dogmática *Lumen gentium*, especialmente de su capítulo quinto, ha intentado rastrear el caminar histórico de la santidad cristiana desde los inicios de la época contemporánea hasta el Concilio Vaticano II.

Esperamos ansiosos las palabras de Vuestra Eminencia, que sin duda alguna constituirán un colofón extraordinario a cuanto hemos discutido hasta ahora.

Josep-Ignasi SARANYANA